



Humberto Guzmán

ELLA



El se imaginó viéndose a sí mismo y viéndola a Ella: a los dos juntos. Su acendrada fantasía lo hizo contemplarse con las mismas características de aquella vez, cuando niño, en que estuvo atisbando durante un soleado día de campo que hiciera junto con su familia a las orillas de la ciudad, por entre los arbustos y los pinos jóvenes que los separaban, a una pareja de enamorados que seguramente creían estar lejos del molesto género humano restante o que, en última instancia, ni siquiera pensaron en si lo estaban o no. A partir de entonces, no dejó pasar ninguna oportunidad para suponerse descubierto y luego contemplado exactamente en tales circunstancias y de igual manera por alguien que, ahora lo había sabido por fin, nadie sería el más indicado que él mismo. Así, se vio encajar la cabeza con vehemencia en la suave almohada que le presentaba el jadeo discontinuo de Ella. Mientras tanto se veía orillado a abandonarse, cada vez más, al vértigo que lo envolvía con su tan angustioso reclamo por ser culminado como con la imposibilidad de pensar siquiera en rehusar a obedecerlo. De este modo continuó la ascensión, realizando movimientos oscilatorios y trepidatorios, apoyándose ya en una nube de espuma, ya en el brazo del viento, ya en los hombros cálidos de Ella. El se imaginó, entonces, como un pez navegando con la corriente.

En este momento, estoy seguro, piensa que lo estoy contemplando. Vaya que si lo sé. Como si estuviera viendo por medio del visor de un radar especial todo lo que pasa por su mente. Sí, es cierto: en este momento está convencido de que yo soy el niño aquel, precisamente el que estuvo de acuerdo con su *Yo interno* en que se hallaba de pronto, y sin saber por qué, vagando a mitad de un mundo ignoto, poseedor de bosques fantásticos y de cielos luminosos antes del gran descubrimiento que no iría a ser más que la confirmación de la idea primera. Sonríe satisfecho al verme caminando cautelosamente en medio de esta vegetación asombrosa, deslizándome de uno a otro árbol, no sin ignorar que éstos me observan extrañados por mi desplazamiento tan sospechoso y antinatural. Es muy probable que esté —él— en la creencia de que me corresponde ser el niño que él fue hace algunos años, no muchos a decir verdad. Así pues, ha de estar sintiendo, incluso, al aire pegándole en las nalgas desnudas, cubriéndole la cara un tanto agresivamente con el pelo de Ella —igual que si fuera otro tipo de pasto, crecido, que viene de la tierra—, y que no deja de meterse por aquí y por allá, integrándose de manera importante al acto. Debe estar pensando, complacido, que lo estoy oyendo decir, en voz baja y un poco diferente de su estilo habitual de hablar:

—Dime algo, dime una sola palabra, una sola, la que tú sabes que yo quiero oír. . .

Le causará una enorme satisfacción concretar que escucha junto conmigo, desde mi puesto cómodo de espectador, la respuesta agitada y melosa de quien se encuentra materialmente prendida de su cuerpo.

—Te quiero, te necesito, para siempre.

—A.

—Amor.

Repentinamente su compañera se quedó inmóvil, como muerta. Sus brazos cayeron a los lados; y sus piernas largas y ágiles resbalaron lentamente de la cintura de él; sin embargo, permanecieron flexionadas, durante un breve tiempo, para terminar posándose con la misma lentitud sobre la hierba. Entonces él comenzó a sentirse enormemente cansado por esa tan inmerecida dicha que le fue concedida. Sintió cómo las lágrimas invadían sus ojos y luego se desbordaban sobre su rostro encendido, caliente.

—Pero qué impresionante y bello es el mar —comenzó a decir sin sorprenderse de sus palabras mientras veía y oía a las olas reventar en las faldas del montículo de rocas donde se encontraba esa tarde, en una playa, y que casi llegaban a sus pies, salpicándolo con alegría.

Se estremeció de emoción al percibir sorprendentemente el contacto de su piel con la brisa del mar. Sus ojos vertieron una lágrima última.

—Yo desapareceré y tú quedarás —continuó.

—Te digo que tienes que durar toda la vida; estás condenada a vivir, al menos, el tiempo que yo viva. Porque tú sabes algo, no trates de engañarme; sabes algo que no quieres decirme. Pero no te hagas muchas ilusiones, yo sabré arrancártelo. Lo haré. Develaré en cualquier momento tu secreto. Y para eso es necesario que tú estés conmigo todo el tiempo que yo permanezca vivo.

Mirada detenida en el aire; mirada detenida en la mirada. Hubieran querido decir una frase más, pero no se pudo; hubieran querido oír un sólo sonido, otro, pero tampoco se pudo. Rodaron sobre la superficie tan blanda y acogedora de la cama. Ella quedó encima de él, con la nariz hundida entre su cuello y la sábana, oliendo sus olores confundidos. Leves lamentos y leves suspiros correteaban por las torcidas y complicadas conformaciones de cuatro oídos. Luego, columbró en un rincón del espacio infinito de color morado retenido en sus ojos la mirada atenta, fija, de un espía, la cual, no obstante, creyó reconocer por alguna razón entonces desconocida. Sintió en la cabeza unos golpecitos dados por las ramas del arbusto correspondiente a ese sitio, pues eran varios los que casi los rodeaban, protegiéndolos. Una piedrecita lo molestaba a la altura de las costillas, en el costado izquierdo. Hizo un corto movimiento hacia la derecha, liberándose, de este modo, de su severidad.

El sol, mientras tanto, se ocupaba en filtrar su luz por el tejido conformado por las ramas y las hojas finas del altísimo pino cercano a ellos, creando, con esto, un hermoso juego de pirotecnia. El dejó de poner su atención en la mirada que los observaba detenidamente porque millones de lucecillas de colores que llenaron su espacio morado lo distraían.

—Acércate más —murmuró alguno de los dos.

Pausa.

—Acércate más —reiteró él varias veces, hasta el momento en el que sus ojos se cegaron totalmente. Porque el sol se había reventado de súbito —como lo hubiera hecho una yema de huevo— y, consecuentemente, había convertido el gran pino, las copas de aquellos otros árboles más o menos jóvenes, el follaje de los arbustos y de diferentes matas del rededor, los tres o cinco hongos, familia entera de sombreros amarillos de ala ancha, la hierba verde en unas partes y medio dorada en otras, la tierra húmeda por las últimas lluvias del verano, las nubes blanquísimas, el cielo azul claro, liso, en fin, todo, en una enorme mancha roja que sobresalía entre muchas otras de menor tamaño y de color amarillo. El crecimiento de la mancha roja fue demasiado rápido y seguía creciendo. Él supo que sería envuelto por ella de un momento a otro irremediablemente.

—Tienes que durar, te lo digo, el tiempo que yo viva —oyó decir desde muy lejos.

Después creyó que había sido su voz. Estuvo tan seguro de ello que quiso seguir hablando, pero ya no le fue posible. Fue incapaz de pronunciar siquiera una última palabra; quizás la que hubiera querido saber, la que le preguntó siempre a Ella.

Una vez en medio de la inmensidad de la mancha roja, algo le dijo en la lejanía —era imposible que con palabras— que aquella ocasión, cuando niño, había presenciado la partida de sí mismo hacia el fondo del mar, hacia el centro de la tierra, hacia el instante sin principio ni fin de su vida. Algo se lo manifestó claramente. Algo se lo dio a conocer; sí. Pero tampoco entonces tuvo oportunidad de sonreír satisfecho, como tal vez lo hubiera deseado, bajo la mirada de Ella, amistosa y tierna, levemente maternal.